

sería acertada la elección aunque no progresase mucho en su tardía orientación. Fue merecida su fama de buen médico y justa su estimación de hombre que no se deja las cosas por hacer. Gran satisfacción la de poder transmitir su recuerdo y enlazar unas con otras las diversas generaciones de profesionales.

Nació en Madrid, pero no fue mera casualidad que optara a la plaza de Alcázar, porque su raigambre era manchega y por su madre alcazareña neta.

Su matrimonio, aunque efectuado también en la Corte, lo fue con una quintanareña hija de comerciantes, conceptos ambos casi inseparables y al parecer parientes del General Alcañiz. La madre de don José era hermana de la mujer del hermano Manuel el Moralo, panadero de la calle de San Juan que politiqueó mucho en su tiempo, por eso Carrero y los hijos del Moralo, Manuel Manzanares Escudero, son Ruiz de segundo apellido. La madre de Antonio el Moralo, María del Carmen Ruiz Romero, era hermana de la madre de Carrero y ambas hijas de Victoriano Ruiz, procedentes de la zona del Quintanar, probablemente de las Pueblas. Manuel Manzanares era hermano de Eugenio el Moralo, el mozo viejo del que tanto hemos hablado, como también lo haremos de Manuel, porque fueron hombres de provecho.

Faltaba esta pequeña referencia y esta semblanza personal en las citas que se hicieron en el fascículo 22 para que don José Carrero quedara incluido en estos recuerdos históricos con los debidos merecimientos.

El padre de don José, llamado Andrés Carrero era de Herencia, la madre, hermana de la Carmen del Moralo, se llamaba Juliana. Una hermana del padre de Carrero, llamada también Carmen, fue la esposa de un Peño de la Placeta Albertos, hermano del Tuerto, que fue comerciante en Madrid. Don José estudió en los Escolapios y en San Carlos y antes de venir a Alcázar fue médico de Sanidad de puertos en los de Málaga y Cartagena. Su esposa, era también Romero, Luisa, como lo era la madre Ruiz Romero, y no es raro que fueran parientes y ésta la razón del matrimonio de don José.

Aunque Carrero llegara a Alcázar en época de calamidades e interviniera en las mortíferas epidemias, por entonces inevitables, no cabe duda que en el fondo de la desdicha bullía ya el resurgimiento y él mismo contribuyó no poco a la nueva vida haciendo sus casas de la Placeta del Progreso, de la calle de la Estación y de la calle de Cervantes cuya urbanización inició.

Cualquier detalle puede caracterizar una época y este de los médicos es asaz demostrativo, sobre todo si se comparan los del año 1750 con los de un siglo después, que figuran en el resumen publicado en el fascículo veintidós.

Sólo con esta comparación hay bastante para preguntarse qué pudo pasar en Alcázar para que cayera la Villa en aquella postración y miseria, sin poder alimentarse ni apenas cobijarse, teniendo que irse los médicos por no poder sostenerse y no encontrar quien los reemplazara, sin poder pagar la asistencia ni las familias pudientes y teniendo que cerrar el partido en más de una ocasión para poder medio vivir un médico o dos, en aquellos días que tanto se les necesitaba.